

¿Ignora que sospecho que en la trama  
Contra mi dicha urdida, andaba ella,  
A mi rival sirviendo y á su ama?  
¡Oh! padecer es el común destino!  
Tenga para sufrir filosofía:  
Yo no puedo ni quiero dar consuelos  
Que ningún ser humano me daría.

Dijo así Carlos, y en su mesa arroja  
La carta de la anciana sin leerla.  
Su corazón estaba endurecido,  
Muerto á la compasión: él de rodillas  
Al extremo del mundo hubiera ido  
Por escuchar lo que el papel contiene,  
Y semejaba al caminante ciego  
Que, de la sed quemado por el fuego,  
No ve la fuente que á su lado viene.  
Así tal vez su orgullo, su inclemencia,  
De que haciendo él está punible alarde  
Que ha de lavar con lágrimas muy tarde,  
Castiga inexorable Providencia.



## TERCERA PARTE.

### I

Juicios que ha de abrigar el mundo con respecto á Diana.—Una lágrima sobre un sepulcro.—Temores del autor.

Ignoro si al mirarte bosquejada  
En mis humildes versos, habrán dicho  
Que en el mundo no existes y engendada  
Fuiste de necio autor por el capricho.  
Te confieso —pues eres reservada—  
Que todo eso lo había yo predicho:  
Tu sensibilidad, tu amor profundo,  
Son exóticas plantas en el mundo.

Tal vez alguno que impaciente aguarda  
El fin de esta leyenda, piensa ahora  
Que te disfrazo y que mi pluma tarda  
En ser de la verdad reveladora;  
Y se figura ya verte gallarda,  
Diana entre las selvas cazadora,  
Con flechas mil que á tu carcaj reservo  
Hiriendo audaz al espantado ciervo.

Otros dirán que existes y que acaso  
Me enamora tu encanto peregrino;  
Que ante tí me prosterno y á tu paso  
La huella beso de tu pie divino:  
Que ser no quiero en tu alabanza escaso  
Porque de gratitud aguardo en sino  
Leve sonrisa de tu boca pura,  
Mirada intensa de inmortal dulzura.

No, Diana: tú existes, tan hermosa  
Cual no alcanza á idear la fantasía:  
Marchas por una senda misteriosa  
Que acá en la tierra al desengaño guía:  
Es tu suerte la suerte lastimosa  
Del ave que volando al Mediodía  
Sobre el Oceano, en su angustioso anhelo  
Sitio no halló donde parar el vuelo.

Tú vives en el mundo y su mirada  
En tu semblante clava codiciosa  
La multitud, sin serle revelada  
Tu noble inteligencia gloriosa:  
Mérito como el tuyo tiene en nada,  
Y sus ídolos falsos ella osa  
Ensalzar, imitando al rey azteca  
Cuando por abalorio el oro trueca.

No, Diana: tú existes, y tu encanto  
Presta valor á la leyenda mía,  
Cual presta su belleza el azul manto  
Del claro cielo á la fontana fría.  
Yo tu beldad y tu ternura canto:  
Tiene este libro que de noche y día,  
Lejos del mundo, en acabar me empeño,  
Mucho de realidad, poco de sueño.

Pero ¡amarte, Diana! En la pradera  
¿Puede abrirse en mitad del crudo invierno  
La flor, hija de tibia primavera,  
Que su miel guarda al pajarillo tierno?  
¿Ve con orgullo hacia la azul esfera  
Árbol caído ya en olvido eterno?  
¿Puede el arroyo de cristal luciente  
Retroceder á la nativa fuente?

¡Ay! cuéntales, Diana, á tus lectores  
Que para el pobre corazón desierto

De tu cantor el sol de los amores  
Es eclipsado sol, astro ya muerto.  
Para él agostáronse las flores;  
Para su nave emborrascóse el puerto,  
Zarzas brotó bajo su pie la ruta;  
Su almíbar ¡ay! se convirtió en cicuta.

Cuéntales cómo, niño todavía,  
Cánticos lleno de entusiasmo alzaba,  
Y mi frente radiosa de alegría  
Al laurel de la gloria preparaba:  
Cómo mi creadora fantasía  
Incierto porvenir coloreaba  
Con los placeres del mundano suelo,  
Con la esperanza mística del cielo.

Cómo hubo una mujer, tímida estrella  
Que en cielo claro apareció tranquila,  
Y cual otra ninguna siendo bella,  
Mi corazón atrajo y mi pupila:  
Cómo á besar su luminosa huella  
Ciego me arrodillé: cómo pedíla  
Su amor cuyo recuerdo me consume;  
Su amor, de su alma virginal, perfumel!

Diles cómo en su frente se veía  
Retratada la noble inteligencia,  
Mientras el tierno corazón dormía  
Al amparo feliz de la inocencia:  
Diles, Diana, cuánto la quería;  
Diles que fué la luz de mi existencia;  
Diles que mi esperanza y su hermosura  
Encierra una olvidada sepultura!

Sí: bajo el pabellón del patrio cielo,  
En su tumba, de flores rodeada,  
Duerme en silencio eterno, en blanco velo  
Su deleznable forma envuelta, helada.

Los días pasan: con piadoso anhelo  
Nadie visita su postrer morada:  
Luego que tierra sobre el cuerpo echaron,  
Todos sus conocidos la olvidaron!

¡Valor, corazón mío! ¿No has llorado  
Desde el día en que todo lo perdiste?  
¿Al necio mundo que reir no has dado  
De tus pesares con la historia triste?  
La imagen de ese fúnebre pasado  
Que ante tus ojos indeleble existe,  
El tiempo, ya que los recuerdos trunca,  
No logrará desvanecer?—¡Ay! Nunca!

Ya tú lo ves, Diana: acá en la tierra  
La flor de nuestra dicha se marchita.  
También tu alma, á que el dolor se aferra,  
Contra su suerte mísera se irrita:  
También tu pobre corazón encierra  
Amarga historia que del hombre excita  
La compasión: el fruto recogido  
De un casto amor que nadie ha comprendido.

¿Por qué tendiste el vuelo, ave altanera,  
Por el espacio y al zenit trepaste,  
Desdeñando al hallarte en otra esfera  
Del bajo mundo el miserable engaste?  
¿Seguir viviendo en paz planta rastrera  
En lo interior del bosque no miraste,  
Mientras el desprendido rayo ardiente  
Al cedro colosal hiere en la frente?

¡Y yo soy el cantor de tu hermosura,  
Y al mundo que á sus héroes sólo admira  
Tengo de referir tu desventura  
Con el auxilio de mi pobre lira!  
Mas destempló sus cuerdas la amargura;  
Entusiasmo su voz ya no respira;

Ya no producen armoniosa nota;  
Finalizó el festín y el arpa es rota!

El mundo pone sobre mí la mano  
Y mis osados pensamientos hiela,  
Y va perdida en su bullicio vano  
El alma sin lograr el bien que anhela;  
Y todavía en mi dolor tirano  
Cruza mi mente, cual la blanca estela  
Que en el mar deja nave transitoria,  
Grato el recuerdo de mi antigua gloria.

Hoy, al abrir el arca misteriosa  
Que los secretos de tu vida tiene,  
Temo que no mi voz, doncella hermosa,  
Lo necesario en tu alabanza suene:  
Temo que, entre la turba bulliciosa  
Que á despreciarle acaso se previene,  
El libro en que apareces, confundido,  
No consiga librarse del olvido.

## II

El hurón sale de su madriguera.—Rosa la coqueta.—El convento de monjas.  
—El baile.—Carlos entra en el número de los apasionados de Rosa.

Tiende la noche su impalpable manto  
Encendiendo en el éter las estrellas,  
Cuyo fulgor escasamente alumbraba  
Los edificios de la hermosa Puebla,  
Que al pie de sus magníficas montañas  
Tendida está sobre sabana inmensa.  
En las concavidades de las torres  
Imita el aire misteriosas quejas,  
Y agitar suele la bendita palma  
Que en las ventanas la piedad conserva.

Todo en silencio yace: los mortales,  
Desde el mendigo al prócer, ya se entregan  
Al sueño bienhechor: en la campana  
Del vecino reloj las doce suenan,  
Y á la sazón por anchurosa calle,  
Hacia el extremo de la cual se eleva  
Un convento de monjas, varios jóvenes  
Formando grupo silenciosos llegan.  
Detiéñense, dirigen sus miradas  
Hacia el alto balcón de una modesta  
Casa; al oído se hablan todos ellos,  
Sus instrumentos musicales templan,  
Y luego, la quietud de la alta noche  
Interrumpiendo, de armonía llenas,  
Diferentes cantigas entonan  
Que hacia oculta beldad amor revelan.  
Y apenas, la primera terminada,  
Nueva sonata á preludiar comienzan,  
Cuando de aquel balcón á do su vista  
Se dirige —no bien el rumor cesa  
Que al descorrerse las fallebas causan—  
Súbito iluminóse la vidriera:  
Plegaron las cortinas transparentes,  
Femenil forma dibujóse esbelta,  
Y por los movimientos que ejecuta  
Y la atención que presta en apariencia  
A los músicos, luego se conoce  
Que amigos predilectos son de ella.  
A proseguir la serenata iban  
Aquellos hombres que entre sí conversan,  
Y á seguirla escuchando preparábase  
Desde su alcoba la mujer esbelta,  
Cuando rumor de pasos de caballo  
De la nocturna brisa en alas llega,  
Y la curiosidad mantuvo entonces  
La comenzada música suspensa.  
Cuando pasan caballo y caballero,  
Que ver no les permiten las tinieblas,

El más osado á ellos se aproxima;  
La tapa descorrió de su linterna:  
Inesperada luz alumbró el rostro  
Del caminante, que frunció las cejas,  
Y de acción tan extraña iba sin duda  
En el instante á demandarle cuenta,  
Cuando al cuerpo los brazos le echa el otro  
Diciendo: "Carlos! ¿qué sorpresa es esta  
Que nos vienes á dar? . . . ¿Cómo á deshora  
Y sin criado ni equipaje llegas?  
¿Y desde dónde vienes?  
—Hola, amigo!  
Pláceme en sumo grado la sorpresa,  
Y no extrañes que llegue sin criado  
Quien salva una distancia de dos leguas.  
¡Buenas noches, señores! Mas ¿qué veo?  
Álvaro, Enrique, Eduardo! . . . ¡Calaveras!  
¿Qué demonios al pie de una ventana  
Venís á hacer con músicas y señas?  
*Jov. 1º*—Refiérenos, ¿qué hacías tú en el campo?  
¿Te habías ya metido á anacoreta  
De los que sólo rezan si en el rezo  
Les hace coro una muchacha bella?  
No hay que turbarse, no. . . .  
*Jov. 2º*— Llégame el turno:  
¿Qué nos refieres de tu novia muerta?  
Sabemos que después enamoraste  
A nueva joven con dinero y fresca,  
Que te ha dejado fresco, según dicen,  
Sin dinero ni amor. . . .  
*Carlos.*— ¡Malditas lenguas!  
Por favor, no me habléis de lo pasado,  
Amigos.  
*Jov. 3º*— Pero todo se compensa  
En el pícaro mundo: ahí encerrada  
Está una monja, y es paisana vuestra.  
*Carlos.*—¿Su nombre?  
*Jov. 3º*— No lo sé; pero aseguran

Que por cosas de amor metióse á buena:  
Que amaba á un joven que iba á ser su esposo,  
Y que el asunto no quedó por ella:  
Es todo cuanto sé.

*Jov. 1º*— Carlos, amigo,  
Si no te ofenden las preguntas necias,  
Cuéntenos qué motivo poderoso  
Te hace venir á la bendita Puebla.

*Carlos.*—Ansia de distracciones solamente.

*Jov. 1º*—Extraño oírte hablar de esa manera,  
Que siempre por demás pacato fuiste.

*Carlos.*—Los años, gustos y costumbres truecan!  
Pero yo vuelvo á mi primer pregunta  
Que dejaron ustedes sin respuesta:  
¿Qué hacen al pie de esa ventana ahora  
Enfrascados en músicas y señas?

*Jov. 2º*—Venimos á dar música á una joven  
Como los sueños juveniles bella. . . .

*Carlos.*—¡Comparación poética! ¿Y se llama?

*Jov. 2º*—Rosa D.\*\*\*, la beldad guanajuatense.

Hace muy pocos días que ha llegado:  
Hay en su casa una continua fiesta.

(Y aquí arrimóse á Carlos aquel joven  
Para hablarle más próximo á la oreja).

Por la mañana en el balcón la vemos;

Por la tarde, sin falta, en la alameda;

Por la noche en saraos y tertulias;

Y á su casa, y al campo y á la iglesia

Nube de enamorados espesísima

Como plaga de Egipto va tras ella.

Parte integrante somos de esa nube:

Si tú quieres entrar en competencia,

Ven mañana á su casa con nosotros,

Que acaba de avisarnos la doncella

Que, si Mamá y el tiempo lo permiten,

Habrás en la noche diversión casera.

Dí ¿contamos contigo?

*Carlos.*— A no dudarlo:

Si Mi Excelencia nada más desea  
Que divertirse; mas, decid, ¿la joven  
A quién de ustedes da la preferencia  
Hasta ahora?

*Jov. 1º*— A ninguno, y es lo cierto  
Que el giro del asunto no me pesa,  
Porque, lo que es amor. . . . hay cierta dosis;  
Pero los compromisos nos arredran;  
Y en esto de tender el lazo, dicen  
Que su señora madre es gran maestra:  
Conque si entras en liza, ten cuidado,  
Que es resbalosa la maldita arena.

*Carlos.*—Y la joven ¿qué tal? . . . .

*Jov. 2º*— Estoy seguro  
De que viéndola pierden la cabeza  
Aun los más circunspectos: una tacha  
Póngole á su carácter; es coqueta!

*Carlos.*—Pues hálote atrasado de noticias:  
Dime si habrá mujer que no lo sea.

*Jov. 3º*—Él se resiente aún del desengaño.

Vamos, señores míos, otra pieza,

Que la noche se acaba, y esa joven,

Firme como prusiana centinela,

Está en su puesto música esperando

En tanto que los músicos conversan.

A interrumpir la silenciosa calma

Torna la serenata: al cabo cesa:

Despídese la joven: las cortinas

De su vidriera á poco se despliegan;

Muere la luz, resuenan los cerrojos,

Y Carlos y los músicos se alejan.

Cuando el rumor de sus pisadas muere,

La esquila del convento más pequeña

Llama á las religiosas á maitines:

Las ventanas del coro con presteza

Se iluminaron, y piadoso canto

De aquellos sitios el silencio altera.

A veces más cercano resonaba,  
Distinguiéndose en él voces diversas,  
Y después alejábese y volvía,  
Como si le llevase y le trajera  
El viento de la noche que en las torres  
Imitar suele misteriosa queja.—  
Así, mientras los unos se divierten  
Y á la corriente mundanal se entregan,  
Lejos del mundo, en claustro solitario,  
Otros en Dios y en su destino piensan!

Era de Julio una apacible noche,  
Y, aunque ha llovido al espirar la tarde,  
Ascendiendo la luna por el cielo,  
Nubes teñidas de ópalo deshace;  
Y, bien cual suele una odalisca hermosa  
Sobre mullido lecho reclinarse,  
De amplia sala en la alfombra se dibuja,  
Traspassando cortinas y cristales;  
Lucha con el fulgor de las bujías  
Que entre flores y espejos puestas arden,  
Y da por resultado luz serena,  
Artificial y natural en parte.—  
Al compás de la orquesta melodiosa,  
Cual ninguna otra joven, elegante,  
Imán de varoniles corazones,  
Rosa la bella da principio al baile.  
Al recio impulso de la danza ondea  
Esparciendo perfumes su albo traje,  
Y su mejilla sonrosada azota  
Suelto el cabello negro en espirales.  
Ella de buen humor está sin duda;  
Tal vez su compañero es muy amable,  
Porque en sus brazos más de lo preciso  
Deja que el cuerpo trémulo descanse.  
De estatura mediana siendo ella,  
Nada hay de extraño en que los ojos alce

Para ver al mancebo, cuyas dotes  
Son una alma ruin y un cuerpo grande.  
La música cesó, y hacia el estrado  
El mancebo condújola galante,  
Y agrúpanse mil jóvenes á un tiempo  
A suplicarle que con ellos baile.  
Compañero entre todos Rosa elige,  
Y apenas comenzó la orquesta un valse,  
Cuando ya la pareja recorría  
La sala extensa, más veloz que el aire.  
Sigue al impulso de las vueltas rápidas  
Ondeando la falda de su traje,  
Y sigue acariciando sus mejillas  
El sedoso cabello suelto en parte;  
Y al agitar su pie, que del calzado  
Cándido oprime el primoroso engaste,  
Y al combarse flexible su cintura  
Por si en belleza el cuerpo así ganare,  
A la verdad, los que la están mirando  
No saben si mujer es ella ó ángel.  
Y sin duda es amable el compañero  
O Rosa está de vena, pues departe  
En plática con él tan misteriosa,  
Que lo que ambos se dicen nadie sabe.  
Como de pudorosa ella se precia,  
Y además, el mancebo que la trae  
Es, por lo que miramos y sabemos,  
De estatura pequeña y alma grande,  
¿Qué extraño que, turbada y temblorosa,  
Ella los ojos con empeño baje,  
Y entre desmayos y suspiros tiernos  
En el Adonis sin cesar los clave?

Lo que se me hace extraño es ver á Carlos  
Sumido hasta la barba en un butaque  
Cedido á su cansancio por la vieja,  
De su amistad en prenda inapreciable.

Desde allí sigue á Rosa con la vista  
Sin que á su observación nada se escape  
De miradas, suspiros y presiones,  
Dulces desmayos ó amorosas frases.  
Aunque no la ama él, siente de celos  
Ardiente llama en su interior alzarse;  
Y esto, por más que raro le parezca,  
Al lector entendido nunca espante,  
Que á todos una vez nos acontece  
Viendo en ajeno brazo breve talle,  
Sentir disgusto raro, indefinible,  
Y que se agolpa al corazón la sangre;  
Efectos de la envidia venenosa  
Que al nacer cupo en suerte á los mortales.—  
Y no bien Rosa advierte que la sigue  
La mirada de Carlos, ya tenaces  
En él clava sus ojos cuando pasa  
Por do sentado está, con él rozándose;  
Y pretextando enfermedad ligera,  
Para restablecerse della en parte,  
Ordena al compañero que la lleve  
A la silla que está. . . . junto al butaque!  
Aquél, obedeciendo, la conduce;  
Aléjase con cara de vinagre,  
Y, al cabo de un momento de silencio,  
Como al volver de un sueño que distrae,  
—Perdonad, caballero. . . . (Yo no había  
Vístole aún! . . . . creí que era mi madre  
Quien se sentaba aquí) Rosa murmura.  
—Hace un momento á ella presentáronme  
Varios amigos, y que vuelva anhelo  
Para que la amistad de usted no tarde  
En serme concedida. . . .

—La palabra

De un caballero en el asunto baste.

—Mi nombre es Carlos\*\*\*

—¿Carlos? . . . . Y de dónde

Es usted?

—Soy veracruzano.

—¡Cálle!

También cierta novicia amiga mía.  
Yo tengo unos deseos de pasearme  
Por la tierra de usted! ¿Es tan alegre  
Cual dicen, Veracruz? ¿El mar tan grande?  
Además, aseguran que las rosas  
(Si es en Jalapa no recuerdo) se abren  
Hasta en el crudo invierno, y las mejores  
Son del país.

—¡Error imperdonable!

Guanajuato produce las más bellas  
De las que en el país puedan lograrse.

—¿Usted ha estado allá?

—No.

—Desde luego

Usted no las conoce. . . .

—De trasplante

Son las que he visto.

—¿Y dónde? . . . .

—En esta sala.

—¿Cuántas? . . . .

—Una que brilla sin rivales!

—No comprendo. . . .

—¿Es posible? . . . Yo quisiera

Al torbellino mágico del baile

Lanzarme con usted, *Rosa divina*. . . .

—Pues, señor mío, como á usted agrade.

Mézclanse en la vistosa contradanza,  
Y balancea el cuerpo con donaire  
Rosa, cual blanco cisne que atraviesa  
Lago tranquilo en apacible tarde.  
Y como indicio son de un pecho limpio  
Ojos que al escrutinio no se evaden  
De la persona que los mira, y como  
Ambos en estatura son iguales,

No es de extrañarse que, bailando, en Carlos  
Rosa los ojos con empeño clave.—

Resultado de aquestos devaneos,  
Que Carlos esa noche, al acostarse,  
Con sobresalto se creyese herido  
De un frenético amor. . . ¡amor de baile!

III

Primer fragmento del álbum de Diana, escrito en el convento de \*\*\*

Rebosa el cáliz amargo,  
Ya el alma á sufrir no acierta;  
Falta á mi existencia objeto,  
El alba á mi noche eterna.  
¡De qué me sirve, insensata,  
Rindiendo al orgullo ofrenda,  
Solitaria consumirme  
En lo interior de una celda,  
Por no decir á quien amo:  
“Aunque culpable aparezca  
Ante tus ojos Diana  
Por maquinación proterva,  
De tu ardiente amor es digna,  
Como en esa noche bella  
En que te dió su albedrío  
Jurándote fe sincera?”

Y lo haré, porque no puedo  
Vivir sin su amor. Apenas  
El sueño cierra mis párpados,  
Su voz á mi oído llega:  
Le miro como en los días  
En que me amaba; se acerca;

Señálame con su mano  
El altar: llevarme anhela  
A los pies del sacerdote  
Que á bendecirnos se apresta:  
Se agita mi corazón  
Lleno de alegría inmensa:  
Despierto. . . giran mis ojos,  
Y ven la desnuda celda  
En cuya ventana el viento  
Voces humanas remeda!  
—Sí, le diré: aunque culpable  
A tus ojos aparezca,  
De tu ardiente amor soy digna:  
Ven, el altar nos espera.

IV

Rosa refiere á Diana sus amores con Carlos.—Diana pretende cerciorarse de ellos, y lo consigue.—Suerte reservada á las coquetas.

A la mañana del siguiente día,  
Hablando por el torno del convento  
De que mención en otra parte hicimos,  
Dos jóvenes están. Preciado velo  
De transparente blonda mal encubre  
Las formas elegantes, el despejo  
De una, á quien acompaña su criada,  
Vieja amiga de lances y de enredos,  
Que, según las epístolas que porta,  
Hará quebrar la renta de correos.  
A la otra que habla no es posible  
Examinar, pues hállase por dentro  
Del torno, y de su voz solo se oye  
De vez en cuando el musical acento.